



A0967

16/06/2000

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL ACTO DE IMPOSICIÓN DEL GRAN COLLAR DE LA ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA A JUAN ANTONIO SAMARANCH

Palacio de La Moncloa, 16-06-2000

Queridos amigos, señoras y señores,

Muy breves palabras para felicitar a Juan Antonio Samaranch por la distinción que le acabo de imponer y para agradecerles a todos ustedes su presencia en este acto.

Yo creo que todos sabemos que nuestro deporte ha pasado en pocos años de proezas individuales y aisladas, de las cuales aquí hay algunas pruebas y manifestaciones muy preclaras, sin duda, y de una situación de insuficiente presencia internacional, a una situación muy alta, cimera, en muchas disciplinas y que la práctica del deporte, además, se ha extendido afortunadamente por todos los sectores de nuestra sociedad.

Nuestros deportistas han logrado --y lo decía Juan Antonio Samaranch-- con motivo de los Juegos Olímpicos de Barcelona y después de los Juegos Olímpicos de Barcelona un merecido y sólido prestigio en el exterior. Y no es una casualidad que el incremento en las prácticas deportivas haya coincidido en España con la gestión y los esfuerzos que durante los últimos treinta años ha desarrollado Juan Antonio Samaranch.

Yo quiero decir que, en mi opinión, su trabajo, tu trabajo, ha marcado la evolución de nuestro deporte y quiero aprovechar muy especialmente esta ocasión para resaltar la deuda que el deporte español tiene contraída contigo. Creo que no hace falta enumerar los éxitos logrados por nuestros deportistas, muchos de ellos recientes y que todos conocemos.

Desde finales de los años 60, al frente del Comité Olímpico Español, hasta en los 80, hasta que asume la presidencia del Comité Olímpico Internacional, su nombre, el nombre de Juan Antonio Samaranch, ha quedado unido a los grandes promotores del Movimiento Olímpico que supieron perfeccionar, mejorar e impulsar este Movimiento.

Han sido resultados brillantes, muy brillantes. Ha habido un auge creciente de los Juegos Olímpicos y no han sido tiempos fáciles, como acabas de recordar y todos además conocemos, que lo sabes muy bien y hemos a su vez sabido, que ha habido muchas dificultades y muchos tiempos difíciles que superar.

Los prejuicios políticos y raciales, los intereses económicos y la conveniencia o no de incorporar, por ejemplo, nuevas modalidades olímpicas provocan en el transcurso de estos treinta años situaciones muy difíciles. Y justo es reconocer también que han sido dificultades que han obligado a un ejercicio constante de prudencia, de equilibrio y de mesura, que has sabido, querido Juan Antonio, administrar en la dirección adecuada gracias a dos cosas que es difícil reunir y tú tienes la fortuna de reunir las: una es tu talento deportivo y otra cosa es la habilidad diplomática que te caracteriza.

Los frutos de tu gestión se encuentran a la vista, las convocatorias de los Juegos se suceden con gran brillantez, los resultados cada vez son mejores y el objetivo de una absoluta limpieza en los métodos para superarse se abre camino entre todos.

La competencia reglada en las pistas o en los campos de juego tiene que servir de estímulo a los deportistas para animarles a conseguir la victoria; pero creo que la rivalidad se limita a la cancha y, dentro de ella, que la amistad y el trato entre los deportistas hacen olvidar los prejuicios políticos, los raciales, las diferencias de cultura o de lengua.

Es bueno que los jóvenes aprendan siempre a valorar a los demás y a compartir sus ilusiones, y es bueno que los Juegos Olímpicos sean siempre una escuela donde se aprenda el respeto a los demás y se mantenga el espíritu de noble competición. El día que eso se pierda no serán Juegos Olímpicos. El Comité Olímpico lo sabe, Juan Antonio Samaranch lo sabe y sé muy bien yo que no escatima esfuerzos para atemperar las ambiciones de unos y para moderar los excesivos intereses de otros.

En los próximos Juegos de Sydney sólo nos cabe desearte que el espíritu olímpico triunfe una vez más y que las nuevas generaciones nos den a todos un nuevo ejemplo de deportividad, tanto cuando toca vencer como cuando toque perder.

En todo caso, querido Juan Antonio, creo que éste es un acto muy merecido y muy justo. Tú has tenido la amabilidad de decirme que suelo hacer lo que prometo y creo que es verdad. Hay una cosa que acabo de hacer, que no hago nunca, que es leer literalmente estas palabras por una sola razón: porque no quiero que nadie piense que en esto, que te lo doy de recuerdo, además de la condecoración, para que lo guardes en recuerdo de este día, viene aquí algo distinto que yo te diga a ti de lo que han oído aquí todos aquí esta tarde.

Lo que he dicho aquí está escrito y te lo doy como recuerdo, Juan Antonio.